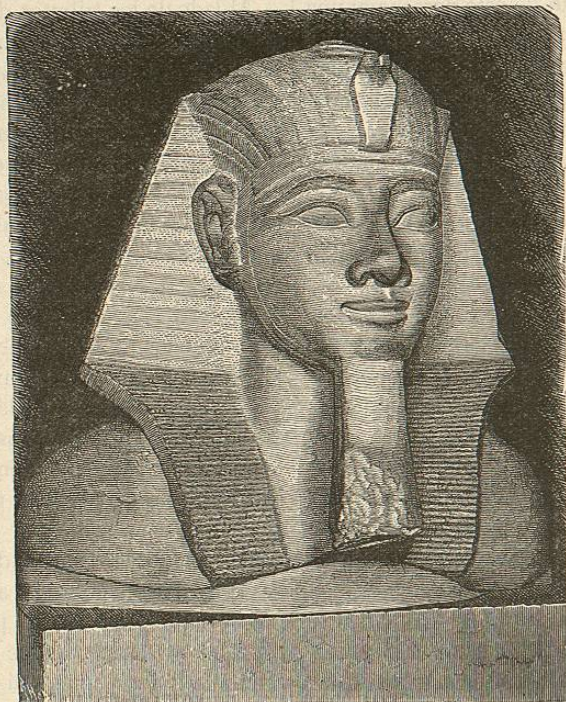


bro y se inclinan ante tu majestad, como yo lo ordeno.» Luego se citan uno á uno todos los pueblos que el rey sojuzgó con ayuda de Amon, los príncipes de Zahi, los habitantes de Asia (1), el país del Este y, al Oeste, los países de Kafti (Fenicia) y de Asebi (Chipre), los habitantes de los puertos (? véase mas arriba), y los que viven en las islas del gran mar, los chenus y utentius (libios), los países que están detrás del gran mar y los países de delante, los habitantes de las arenas y por último los bárbaros de Nubia. Todo esto es una expresión de la gratitud del dios por los magníficos edificios que su amado hijo hizo construir en su honor.

Ya se comprenderá que la fama del gran conquistador no se extinguió en Egipto: ningún nombre de rey se nos presenta en los escarabajos empleados como amuletos con tanta frecuencia como el nombre de Tutmosis III, Menchepare, siendo indudable que solo una parte de ellos son realmente del tiempo en que gobernó este soberano, y que en los tiem-

pos posteriores se consideró su nombre amado por los dioses como dotado de poder curativo.

Por espacio de treinta y tres años gobernó Tutmosis III solo en Egipto, entregando su alma á los dioses el día último de Phamenos de su quincuagésimo cuarto año (oficial) de reinado. Sucedióle su hijo Amenhotep II, cuya subida al trono fué la señal de una sublevación en Siria. El nuevo soberano procedió sin embargo con energía, y una campaña emprendida en el Asia sometió una tras otra las ciudades rebeldes. Desgraciadamente, acerca de esta lucha solo poseemos algunas relaciones muy mutiladas, con el apoyo de las cuales puede asegurarse que el rey llegó hasta el Eufrates; que mientras eran conquistadas otras poblaciones, como por ejemplo Schemesch'adun, en Palestina, los habitantes de Nii, «hombres y mujeres, se presentaron en las murallas para venerar al rey» y se entregaron, y que en una batalla librada en el territorio de Tachi (probablemente en el Norte de Siria) fue-



Amenhotep II.

ron hechos prisioneros siete caudillos sirios, á quienes se condujo triunfalmente á Tebas, donde fueron ahorcados seis de ellos en las murallas de la ciudad, mientras el séptimo sufría igual suerte en Napata, mas hácia Nubia, para quitar á los negros las ganas de sublevarse. En la misma inscripción de Amenemhebi se dice que Amenhotep II «cortó las cabezas á los príncipes de los rebeldes.»

Ni Amenhotep II ni su hijo Tutmosis IV reinaron largo tiempo: respecto de este último sabemos que en el séptimo año de su reinado luchó en Nubia, y un guerrero Amenhotep que vivió en su tiempo, se titula «hombre del séquito de su majestad en todos los caminos contra los países del Sur y del Norte, que desde Naharain á Kari fué acompañando á su majestad.» De suerte que es posible que se repitieran las sublevaciones, lo cual fácilmente se comprende dado el carácter del régimen de gobierno egipcio. Lo que puede asegurarse es que durante ninguno de estos dos reyes ni durante el largo reinado (por lo menos 36 años) de su sucesor Amenhotep III se ampliaron las conquistas hechas. Esto no obstante, muchas inscripciones de este último soberano hablan de su «primera

(1) Textualmente el país de los bárbaros (Setet).

campaña» emprendida en el año quinto y dirigida contra el país de Kusch, y afirman «que ningún rey había realizado iguales hazañas.» Pero en realidad, esta expedición se redujo á una riza contra las tribus rebeldes que dió por resultado apoderarse de 740 negros vivos y de 312 manos de muertos. No tenemos noticia de ninguna otra lucha. Gustábase, en cambio, al rey poner en las paredes de los templos y en las estatuas listas de los territorios vasallos, en las cuales no podían naturalmente faltar Assur ni Sangar ni mucho menos los mentius de Setet. Cada día se generalizaba mas entre los Faraones la costumbre de copiar simplemente estas listas de sus antecesores. Por lo demás, Amenhotep III reinó sobre todo el imperio fundado por Tutmosis III, y existen muchos escarabajos de este rey que confirman este hecho con datos precisos. Otro escarabajo refiere que Satarna, el príncipe de Naharain, envió al harem del rey á su propia hija Kirgip con otras 317 mujeres. Cabe dudar que esta situación de poderío subsistiera hasta fines de su largo reinado.

Apenas podemos formarnos idea de las riquezas que de todas las partes del mundo aflúan á Egipto. Segun una inscripción consignada en la tumba del visir Rechmare, del tiempo de Tutmosis III, este funcionario pesó no menos de 36,692 te-

nes (de 90'96 gramos) de platino (electron) procedente de tributos, cuya cantidad equivale á unos 67 de nuestros quintales con un valor de 30 millones de reales aproximadamente (1). Solo con estos rendimientos se comprenden los magníficos edificios que mandaron construir los reyes del Nuevo imperio, debiéndose tener además en cuenta lo poco que costaban los trabajadores, pues en tales obras se empleaban los prisioneros hechos durante las guerras y los esclavos que como tributo proporcionaban la Siria y los países negros. «Aumentóse el número de siervos con los prisioneros que había hecho el rey en el teatro de la guerra,» dice el escribiente mayor de la gente joven, Amenhotep (2). Como su padre, hace constar también Tutmosis III repetidas veces en sus inscripciones que hizo trabajar á los prisioneros en la construcción de los templos de Tebas y que regaló á Amon muchos negros y negras. Los sepulcros de los magnates nos enseñan que los prisioneros sirios, vigilados por los oficiales de corveas, hacían ladrillos y confeccionaban argamasa, del mismo modo que explica el Antiguo Testamento hablando de los hijos de Israel (3).

Por otro lado, la prolongación de su horizonte antes tan limitado, el contacto inmediato con la civilización extranjera y muy desarrollada de Siria, ejercieron sobre los egipcios una influencia reparadora. Ciertamente no podía resultar de ello una nueva tendencia en la vida espiritual, pues para ello la cultura egipcia era demasiado cerrada y completa y hartó superior á la asiática; pero se fué adquiriendo acerca del mundo una opinión muy distinta de la que de él se había tenido hasta entonces, cuando se le creía reducido al valle del Nilo y á las dos montañas del desierto que á ambos lados se levantaban: además se tomó de los extranjeros lo que se creyó mas útil y mas propio, es decir, así como antes se habían tomado de ellos los caballos y los carros, á la sazón se les tomaron plantas, animales (4) y objetos artísticos como los pintados vasos y los utensilios de los sirios, fenicios y habitantes de las islas. Los egipcios copiaron en parte las formas de este arte, así es que en los tiempos posteriores se encuentran con frecuencia en los productos de sus industrias artísticas y aun en sus decorados religiosos los seres alados y las figuras híbridas. También puede reconocerse la influencia extranjera en el hecho de que los egipcios, á mediados de la décimotercera dinastía comenzaron á modificar sus trajes añadiendo al antiguo delantal que les arrancaba de la cintura una camisa y otras túnicas con muchos pliegues, á pesar de que nunca vistieron ropas de colores diversos como los sirios, sino fino lino blanco. En el mismo lenguaje empiezan á entrar palabras sirias y la necesidad de reproducir nombres de lugares y personas extranjeras es causa de una modificación profunda en la escritura, siendo entonces por vez primera indispensable á los egipcios marcar las vocales, cosa á que nunca había llegado su alfabeto (5).

En cambio la acumulación de gran número de elementos extranjeros fué causa funesta de que se perdiera cada día mas la pureza de la nacionalidad. Ya hemos visto que los sirios

(1) Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 39 d. Hay que tener en cuenta cuánto mayor que ahora era el valor de los metales preciosos en la antigüedad.

(2) Mariette: *Karnak*, 37, 31.

(3) Sobre todo Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 40-41.

(4) En tiempo de Tutmosis III se importaron grandes cantidades de unas y otros de Punt y de Etiopía, como en tiempo de Ha'tshepsut. Véanse los grabados en Mariette: *Karnak*, 28-31.

(5) Con la modificación gradual del idioma, con el cual no marchó ya de acuerdo la ortografía, ésta fué descuidada de un modo lamentable, siendo este descuido mayor de año en año. En los tiempos posteriores la traducción de palabras extranjeras en jeroglíficos fué muy poco mejor y mas fiel que la traducción que suele hacerse al inglés de las palabras extranjeras y de los nombres propios de la India.

llevaron también á Egipto sus dioses, que se propagaron de un modo considerable en el país.

## CAPITULO III

## RELIGION Y CULTO

Repetidas veces hemos dicho que durante los turbulentos siglos que sucedieron á la duodécima dinastía alcanzaron su completo desarrollo las especulaciones religiosas que en el imperio Medio hemos estudiado. A principios del imperio Nuevo era cosa corriente entre todos los sabios que el dios del sol era el dios único y verdadero y el solo á quien en realidad se adoraba en las distintas formas de los innumerables dioses.

En los comentarios al capítulo decimoséptimo del Libro de los Muertos que se publicó en este interregno, se dice que Ra formó de sus miembros á los dioses de su séquito y que su nombre misterioso, que es el que ha de conocer el difunto,



Amenhotep III.

es aquel bajo el cual ha tenido cópula consigo mismo. El padre y el hijo, el dios del sol de ayer y el de hoy, Ra y Horu, son idénticos y se confunden en la unidad del Ra' Harmachuti (Harmachis), «Ra del Horu en el horizonte,» el dios verdaderamente nacional de los egipcios. El dios del sol es «el esposo de su madre,» la diosa del cielo, pues cuando él brilla en el cielo procrea de ella á su hijo, el dios de mañana, que no es mas que él mismo. El es el que existió en un principio, el que se engendró á sí mismo, el que creó el cielo, la tierra, el mundo inferior, los hombres y todos los seres vivientes.

Estas ideas, con pocas modificaciones, son las mismas en todo el Egipto: nacidas, como sabemos, en Anu (Heliópolis) y aplicadas, en un principio, á su dios del sol, Tum-Ra, fueron luego adoptadas por todos los lugares importantes del culto. Así, el nombre y el ritual del culto del dios supremo cambian en cada ciudad, ó mejor dicho, segun los dogmas oficiales de la teología, el dios único verdadero es venerado en los diferentes santuarios bajo formas y nombres distintos, á saber: como Chnum-Ra y Amon-Ra con la cabeza de carnero; como Sebak-Ra con la cabeza de cocodrilo; como Tum-Ra en forma humana con la corona real; como Ra' Harmachis con cabeza de gavián; como Min-Hor en forma itifálica, etc.

También el sombrío Sutech (Set) es declarado por sus adoradores, especialmente en Tanis, como una forma del Ra y navega en la barca del sol: asimismo se dice del dios lunar Thoth de Hermópolis, que «se ha creado á sí mismo y que no ha nacido,» siendo también «el dios único.» Todas las diosas, Hathor, Isis, Nephthys, Satet, Mut y otras son madres del sol y diosas del cielo. De esta suerte desaparecen en teoría todas las diferencias que entre los distintos dioses existen: en el imperio Nuevo se generaliza la costumbre de designar á toda divinidad, por insignificante que sea, como «señor (ó señora) del cielo y de la tierra y como príncipe de todos los dioses» y el rey adora con las mismas frases en Elefantina á Chnumu con sus compañeras Satet y Anuqat, en Tebas á Amon con Mut y Chunsu, en Menfis á Ptah con Sochet é Imhotep, y en otros lugares á Osiris con Isis y Horo y á otras divinidades. En la práctica, sin embargo, la consideración de que gozan estas divinidades fuera del círculo de adoradores locales es distinta en cada uno de los lugares, dependiendo de la importancia del templo en que se le rinde culto; por



Cabeza de Amenhotep III representado como dios. (Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 75 a.)

esto es natural que en el Nuevo imperio el dios de Tebas Amon Ra, el rey de los dioses, esté, en punto á honores y á veneración, muy por encima de todas las demás divinidades de Egipto, recogiendo de esta suerte lo que sembró el sacerdocio heliopolitano. Su nombre se explica actualmente como «el misterioso, el oculto,» y en los muchos himnos que contienen las inscripciones de reyes existentes en Tebas, se le celebra de una manera tal que parece que es el verdadero dios nacional y casi la única divinidad de Egipto realmente objeto de atención. Sin embargo, no hay que dejarse engañar por estas apariencias, pues si Amon fué de esta suerte celebrado por los reyes debióse únicamente á que Tebas era su patria y residencia. Cuando en tiempos posteriores ocuparon el trono otras dinastías que se cuidaron poco de Tebas, Amon volvió inmediatamente á su antigua y secundaria posición. Algunos indicios demuestran que los sacerdotes de Heliópolis y de Menfis procuraron por todos los medios posibles conservar la preeminencia de sus dioses. Ptah de Menfis no fué nunca identificado con Ra porque es más viejo que éste: sus adoradores le ensalzan como «el dios primitivo, el padre de todos los dioses que pertenece al primer círculo de dioses, que ha ensanchado el cielo, fundado la tierra rodeándola del Océano, formado al hombre y creado á los dioses,» etc.— Estas expresiones se aplican también con frecuencia á Amon y á Tum.

Ya hemos visto cuáles fueron los efectos de tales ideas: el principal de ellos fué que cada dios egipcio, como forma de aparición y como nombre de «uno,» puede pretender ahora

una atención distinta de la que antes merecía, y que las exigencias religiosas crecen infinitamente y los reyes no pueden hacer lo bastante para contentar á sus padres, los dioses, tanto más, cuanto que éstos les han dispensado tantos beneficios y les han hecho señores de un poderoso imperio. Por esta razón los reyes del Nuevo imperio piensan de las divinidades de una manera muy distinta que sus antecesores, construyendo en todas las ciudades del país templos de dimensiones diferentes de las que tuvieron los modestos edificios del imperio Medio. Los nombres de Tutmosis III y de Amenhotep III especialmente aparecen en casi todos los lugares destinados al culto desde Heliópolis y Menfis hasta el interior de la Nubia (1) — mas allá del delta seguimos, como antes, careciendo en absoluto de noticias. — Amon de Tebas, sin embargo, se quedó con la parte del león. Todos los reyes de la décimotercera dinastía hicieron algo en el templo imperial de Karnak, añadiéndole nuevos aposentos y patios, pylones y obeliscos; Tutmosis III construyó en el territorio del templo el lago sagrado que formaba parte del culto del dios del sol. El dios recibió además muchos presentes, procedentes del botín conquistado en las campañas y de los tributos que regularmente pagaban los pueblos, como campos, esclavos, oro, plata, piedras preciosas y magníficas obras de arte, y además tres ciudades de Siria. Todos los soberanos que siguieron, especialmente Amenhotep III, añadieron nuevas construcciones al edificio y nuevos presentes al tesoro del dios. Este último rey construyó á Amon de Karnak un nuevo pylon y un segundo templo más pequeño, edificando además para la diosa Mut un templo que lleva el nombre de Ascheru. También levantó en honor de Amon el famoso templo de Luqsor situado al Sur de Karnak. Todas estas construcciones estaban unidas entre sí por calles de estatuas de dioses y de carneros, símbolo de Amon. Hay que contar también los edificios dedicados al culto de los reyes difuntos que Tutmosis III y Amenhotep III construyeron en Medinet Abu en la parte occidental de la ciudad.

Parécenos superfluo citar las construcciones que los reyes levantaron en el resto de Egipto. En Heliópolis, Menfis (2), Abydos, Dendera, Elkab, Silsilis, Elefantina y en otros puntos encontramos ruinas ó noticias de templos por ellos construidos ó ensanchados. Merece ser consignado el hecho de que en esta época también se vió adornada de muchos templos la Nubia, parte entonces integrante del imperio. Ya hemos hablado de las construcciones que Tutmosis III y sus antecesores erigieron en Semne y en Kummé en honor de Dodun y de Useres III. Además de los muchos edificios religiosos más pequeños, como por ejemplo los de Amada y Primis (Ibrim), merece mencionarse en primer término el templo que comenzó Tutmosis III y terminó Amenhotep III en la ciudadela de Cha'emmana'at (hoy Soleb) más arriba de la isla Sai. Según parece, existía el propósito de convertir en dios nacional de los nubios al rey entonces reinante, pues «el rey Nebma're' (tal era su título) Amenhotep III construyó un edificio para su (3) representación viva en la tierra, como Nebma're', señor de Nubia, levantando junto á él un templo de hermosa piedra arenisca.» En las esculturas vemos al rey «amado por su representación» en la

(1) Podemos prescindir de entrar en más detalles, tanto más cuanto que Dumichen ha hablado detalladamente de las ruinas de templos de Egipto.

(2) Es interesante el hecho de que Tutmosis IV, al principio de su reinado, mandara desenterrar la gran esfinge de Gizeh, que entonces como ahora estaba cubierta de arena.

(3) Erman ha explicado este pronombre diciendo que en él se ha de suplir al dios del sol Ra, resultando de esta suerte «la representación de Ra;» pero aunque esto no es de todo punto imposible en Egipto, no lo creo verosímil teniendo en cuenta la trabazón del párrafo.

tierra» en adoración delante de sí mismo. El rey glorificado está representado como dios de luna con el cuerno torcido de Amon detrás de las orejas, de suerte que se le concibe como encarnación del dios lunar tebano, Chunsu, hijo de Amon. Como se ve, los egipcios no temieron aquí, como en ninguna otra parte siempre que se trataba de la esfera religiosa, sacar de las ideas sus últimas consecuencias. Siendo el rey hijo de dios y aun dios por sí mismo, como Ra, Osiris y Horo, que en otro tiempo reinaron también en la tierra, no solo pueden adorarle sus súbditos que de antiguo le invocan como Dios en sus plegarias, sino que también puede él adorarse á sí mismo. En tiempo de Rameses II se repitió el mismo suceso. Sabido es que estas ideas egipcias fueron transmitidas á los griegos por medio del oráculo de Amon del oasis de Siwa y que ejercieron una influencia decisiva en las ideas políticas y religiosas de los tiempos helénicos y romanos.

Tii, la esposa del rey, también disfrutó en vida de los honores de diosa, pues su esposo edificó para ella un templo en

Sedeinga, Nubia. Amenhotep III, además, fundó ó ensanchó en Nubia el gran templo de Amon en la «montaña sagrada» de Barkal, junto á Napata (Meraui, más abajo de la cuarta catarata): muchos carneros y leones que del mismo templo formaban parte han llegado hasta nosotros.

Es difícil formarse idea, ni siquiera aproximada, de las colosales dimensiones de estos edificios, ni del trabajo ni del dinero que de esta suerte se emplearon para dejar satisfechos á los dioses. Los cuatro magníficos obeliscos que hoy adornan la plaza que se extiende delante del palacio de San Juan de Letran en Roma, la plaza del Hipódromo en Constantinopla, la orilla del Támesis en Londres y la ciudad de Nueva-York, proceden de construcciones de Tutmosis III, perteneciendo dos de ellos á Heliópolis (1) y los otros dos á Karnak, donde á su lado se levantaba otro par. Para los romanos y aun para la gente de nuestra época, fué un trabajo colosal el de transportar y volver á levantar estos obeliscos: en el de Constantinopla hubo que aserrar la mitad inferior por ser imposible mover aquella inmensa mole de piedra. Los egipcios conside-



Leon de granito de Amenhotep III, del templo de Gebel Barkal, en Napata. (Museo Británico.)

aban como una gran cosa de la que podían enorgullecerse el trabajo de arrancar de entre las peñas de las canteras de Syene el gigantesco monolito, bruñirlo y colocarlo en honor del dios en el templo de éste; pero ¡qué parte tan insignificante son de esas colosales construcciones estas columnas puntiagudas, en medio del conjunto de templos, pylones, calles de esfinges y estatuas colosales de reyes y dioses!

La obra más colosal de Amenhotep III son las dos gigantes estatuas sedentes del monarca que se alzaban delante de su templo de Medinet-Abu y en las cuales los griegos creyeron ver á Memnon, hijo de la aurora. Cada una de estas estatuas (2) está construida de un solo bloque de un conglomerado de piedra arenisca mezclada con cuarzo y guijarros, de color pardo rojizo, y tiene aun actualmente una altura de 15 1/2 metros, á pesar de haberse caído, hace mucho tiempo

(1) Estos fueron llevados por los Tolomeos á Alejandría, desde donde fueron transportados, hace pocos años, á Londres y á Nueva-York.

(2) A la de la parte Norte se refiere la conocida narración, confirmada por testigos presenciales que así lo han consignado en muchas inscripciones puestas al pie de la misma estatua, de que ésta producía por la mañana, al ser herida por los primeros rayos del sol, un sonido que seguramente era debido al rápido cambio de temperatura que la salida del sol determina. Este fenómeno fué observado por vez primera cuando á consecuencia de un terremoto ocurrido en tiempo de Augusto se cayó la parte superior del coloso, y cesó cuando Septimio Severo mandó restaurar la estatua.

po, las grandes coronas colocadas en sus cabezas. Todavía conocemos el nombre del que dirigió aquellas obras: llamábase Amenhotep, tenía por sobrenombre Hui, y era hijo de un Hapu, que quizás es el mismo Amenhotep apellidado Hapu, y fué, como hemos visto, «el último de los primeros hijos de rey de Nechent» (3). Aquel funcionario comenzó su carrera burocrática por los empleos humildes, habiendo sido durante mucho tiempo «escribiente mayor real para la gente joven» y habiendo tenido que intervenir como tal en la leva y distribución de siervos: al propio tiempo fué llamado, según parece, á tomar parte también en operaciones militares. Luego Amenhotep III le nombró «director de todos los trabajos del rey» y en calidad de tal hizo varias construcciones y sobre todo mandó erigir — según de ello se alaba en su inscripción sepulcral — dos estatuas colosales de piedra del rey de 40 varas de alto cada una, que son las dos estatuas de Memnon que acabamos de describir, y para cuyo transporte, desde las canteras hasta el punto en que habían de levantarse, se emplearon ocho buques.

Amenhotep, hijo de Hapu, era como su señor un hombre piadoso, y no bastándole los edificios que por orden del rey había construido en honor de los dioses, erigió por su cuenta y á su costa un pequeño santuario á Amon-Ra, en la parte

(3) Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 4, 3, b.